

Temas difíciles con niños

Cómo hablar de la muerte, el dolor, las separaciones,
las familias ensambladas, la llegada
de un hermanito, las hospitalizaciones
y otros temas difíciles

Luis M. Benavides



Temas difíciles con niños

ÍNDICE

Presentación: Cómo actuar ante los temas difíciles	5
Introducción: Orientaciones generales	7
1. EL SUFRIMIENTO Y LA MUERTE	15
1. ¿Cómo hablar de la muerte a los niños?	17
2. La muerte en el mundo actual	18
3. El niño ante la muerte	18
4. El diálogo con los niños sobre la muerte	19
5. Algunas preguntas frecuentes de los niños frente al tema de la muerte	21
6. Expresiones que hay que evitar	23
7. Reacciones de los niños frente a la muerte	24
8. Lenguaje emocional ante el sufrimiento y la muerte	27
9. Explicar los hechos sucedidos y su secuenciación a los niños	28
10. Habilitar espacios y tiempos para hablar de la muerte	29
11. Valorar la vida y los seres queridos que están entre nosotros	30
12. El recuerdo positivo de quienes no están	31
13. Ritos funerarios	32
14. El velorio	32
15. El duelo por la muerte de un ser querido	34
16. La muerte de un hermano	35
17. El niño frente a su propia muerte	36
18. Muertes por catástrofes y accidentes	38
19. Vida para siempre	39
2. EL SENTIDO DEL BIEN Y DEL MAL	43
1. Cómo enseñar a los niños lo que está bien y lo que está mal	45

2. Malas acciones y pecado	47
3. El niño y la disciplina	50
4. Límites y valores	52
5. Algunas orientaciones a la hora de poner límites	54
3. EL CIELO Y EL INFIERNO. LOS ÁNGELES Y EL DIABLO	59
1. El cielo	60
2. Los ángeles	61
3. El diablo. El infierno	64
4. LA NAVIDAD. PAPÁ NOEL O SANTA CLAUS. LOS REYES MAGOS	67
1. La Navidad	67
2. Símbolos y signos navideños	70
3. Papá Noel	72
4. Los Reyes Magos	74
5. LA SEMANA SANTA. LA PASCUA. EL HUEVO DE PASCUA	77
1. Semana Santa y Pascua: Origen, símbolos y significado	78
2. Significado de la Pascua	78
3. La Semana Santa	79
4. Signos y símbolos de la Semana Santa	82
5. Otros símbolos que aparecen vinculados a la Pascua	84
6. CONFLICTOS EN LA FAMILIA	85
1. Ausencias del padre o madre. Familias incompletas	85
2. La separación de los padres	87
1. Un mundo que se desintegra	89
2. Efectos negativos de la separación en los niños	89
3. El duelo por la separación de los padres	90
4. Reacciones frente a la separación de los padres	91
5. Orientaciones para padres frente al divorcio	93
6. Orientaciones para los docentes y educadores	100

3. Nuevas conformaciones familiares	103
1. Hogares ensamblados	103
2. La conformación de un nuevo núcleo familiar	105
3. Hogares monoparentales	108
4. Hogares unisexuales	111
5. Hogares multigeneracionales	111
4. La llegada de un hermanito	113
1. Sentimientos ambivalentes	114
2. La anticipación bienhechora	115
3. La necesidad de reconocimiento	116
4. Resaltar las ventajas de tener un hermano y de ser “el mayor”	116
7. DISCAPACIDADES Y DEFICIENCIAS	121
1. Las personas con discapacidad	122
2. Los hermanos de la persona discapacitada	125
8. LAS ENFERMEDADES Y LAS HOSPITALIZACIONES	129
1. Las enfermedades	129
2. El hospital: Un mundo ajeno y extraño	130
3. La preparación de una hospitalización u operación	131
4. El juego, el dibujo y la dramatización	132
5. La oración como camino de paz interior	133
Conclusión. Acompañar a los niños en los momentos difíciles . . .	135
Bibliografía	137

Temas difíciles con niños

Cómo hablar de la muerte, el dolor, las separaciones,
las familias ensambladas, la llegada de un hermanito,
las hospitalizaciones y otros temas difíciles

Luis M. Benavides



Didajé

La *Didajé* o *Enseñanza de los Doce Apóstoles* es un breve documento catequético de los primeros cristianos, destinado probablemente a dar la primera instrucción a los neófitos o a los catecúmenos. En él se enumeran de forma clara y asequible a todos las normas morales, litúrgicas y disciplinares que han de guiar la conducta, la oración y la vida de los cristianos.

La **Colección Didajé** quiere ser un instrumento de ayuda a la iniciación cristiana y a la formación permanente de los cristianos actuales. En esta obra, se ofrecen al interior de las comunidades, de los grupos de catequistas y agentes de pastoral, una serie de pistas y orientaciones que ayuden a repensar los objetivos y los métodos de la catequesis dentro de este tiempo de crisis y de profundos cambios.

Dirección editorial

Herminio Otero

Edición y revisión

Mario Gonzalez Jurado

Diseño y maquetación

Estudio SM

© 2014, Luis María Benavides

© 2014, PPC, Editorial y Distribuidora S. A.

Parque Empresarial Prado del Espino

Impresores, 2

28660 Boadilla del Monte (Madrid)

ppcedit@ppc-editorial.com

www.ppc-editorial.com

Comercializa: PPC Editorial y Distribuidora, SA

ISBN: 978-84-288-2772-0

Depósito legal: M-22.625-2014

Impreso en la UE / *Printed in EU*

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la Ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de su propiedad intelectual. La infracción de los derechos de difusión de la obra puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y ss. del Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos vela por el respeto de los citados derechos.

PRESENTACIÓN

Cómo actuar ante los temas difíciles

¿Cómo es el diablo? ¿Por qué murió la abuela? ¿Dónde vive Dios? ¿Por qué Dios se llevó a mi perrito? “Yo no quiero operarme...”. “La culpa la tiene Dios...”. ¿Dónde está el cielo? ¿Por qué mis papás ya no están juntos? “Dios no me quiere...”. Estas frases y muchas otras las escuchamos a nuestros niños con frecuencia y, más de una vez, no sabemos qué contestar.

Muchos padres y educadores se sienten sorprendidos y, quizás, hasta desbordados por ciertos planteamientos de los pequeños.

Algunos adultos ofrecen ante estos “temas difíciles” el silencio, la “mentira piadosa” o simplemente la evasión de los mismos. Otros, quizás más conscientes, intentan reflexionar y buscar la manera de enfrentar estos temas y conversarlos con los niños. Evidentemente, temas como el dolor y la muerte son tan reales y movilizadores que no solo tocan al niño sino que también afectan a todos los adultos que los rodean. Pero nuestro deber como responsables frente a los niños (en cuanto padres, familiares, docentes, catequistas) es tratar de reflexionar y buscar una respuesta junto con ellos.

Muchos de estos temas no tienen, ni siquiera en nosotros mismos, una respuesta lógica ni definitiva. Lo único que podremos ofrecer será nuestra presencia atenta y serena, nuestro diálogo acogedor y compartir junto a ellos, desde la fe, nuestras angustias y miedos, nuestros temores y esperanzas.

Está claro que no existen recetas para todos los casos ni mucho menos respuestas estereotipadas. Cada niño vive de manera única e insospechada cada acontecimiento importante de su vida, y la respuesta a sus interrogantes vitales debe ser en cada caso diferente, única y personal.

No pretendo desarrollar un tratado sobre algunos temas difíciles, sino esbozar algunas orientaciones generales que pueden mostrarnos pistas de cómo actuar en tales casos. Sin embargo, he buscado simplificar el lenguaje, no los conceptos. Los contenidos tratados en este libro son

profundos y antiguos cuestionamientos del ser humano. Estas orientaciones generales son el fruto de reflexiones compartidas entre padres, familiares, catequistas, sacerdotes y religiosas, docentes, maestras y, fundamentalmente, con los niños.

La mayoría de los temas están pensados para los niños de cuatro a siete años, ya que es el momento en que estos interrogantes se dan de manera más manifiesta y espontánea. Por otra parte, es en esa edad cuando más resulta necesario conversar sobre los mismos. Aunque también son aplicables a los mayores, naturalmente con mayor profundidad, en las líneas aquí enunciadas.

Una aclaración más. Han pasado muchos años desde aquella primera edición, en forma de cuadernillo, en 1993. Y, casi sin darme cuenta, este pequeño libro ha recorrido muchas manos y ha ayudado a muchas familias y docentes a reflexionar sobre lo que tenemos y lo que no tenemos que decir ante cuestiones complejas.

Al pensar una nueva edición renovada, constato que muchas cuestiones mantienen su vigencia y, probablemente, no haya mucho más que agregar. Siempre digo que de todos los libros que llevo escritos, este, precisamente, es el que más me costó escribir. Será por la densidad y profundidad de algunos de los temas planteados; será porque son temas esencialmente humanos y que siguen, muchos de ellos, sin encontrar una respuesta definitiva... Quizás estas respuestas las encontraremos solo junto a Dios, cuando lo veamos cara a cara y Él, en su plan infinito de amor, nos dé todas las respuestas que anhelamos.

Sí deseo que seamos lúcidos peregrinos de la condición humana y que podamos transmitir, con humildad y sencillez, a nuestros niños y niñas, los elementos esenciales y orientaciones suficientes para ayudarlos en sus búsquedas y anhelos, que no son otra cosa que semillas de bienaventuranza, en la eternidad junto a Dios Padre.

Luis Benavides

www.luis-benavides.go.to

INTRODUCCIÓN

Orientaciones generales

Analizaremos algunas orientaciones generales que pueden ayudarnos en el tratamiento de algunos temas difíciles. Son consideraciones que creemos importante tenerlas presentes cuando los niños nos bombardeen con sus preguntas. Nos van a realizar preguntas difíciles y muy movilizadoras. No hay recetas ni sabemos todas las respuestas.

Solo podremos tener a mano algunos principios para guiarnos:

- **Anticiparse a las problemáticas** es una manera de adelantarnos en la resolución del conflicto. Es importante estar preparados para que el momento de dialogar con los niños sobre algún tema difícil no nos sorprenda y contar con recursos para ello. Es preciso que los adultos poseamos reflexión e información previa.
- **No esperar a que se desencadene un hecho doloroso o crítico para hablar de él** (por ejemplo: la muerte, una hospitalización, etc.). Conviene conversar con los niños sobre temas como el sufrimiento, la enfermedad y la muerte con simplicidad y naturalidad, en las diferentes ocasiones que se nos presentan a diario y que forman parte constitutiva de la vida misma.
- No pretendamos aclarar o resolver **problemas que los adultos no tenemos total y absolutamente resueltos**. La conciencia de nuestra mortalidad, ese límite insuperable, es la razón por la cual somos conscientes de la libertad de elegir mientras estemos vivos. Ser conscientes de nuestra condición mortal es también ser conscientes de nuestra vida. Saber de la muerte, entonces, nos hará saber mucho más de la vida; es agradecer estar vivos cada día y tener la posibilidad de crecer libres, como nos quiso y soñó Dios.

- **Todo niño es un hombre en su totalidad.** Los niños, por ser niños, no dejan de ser humanos. Si bien se encuentran en el primer período de la vida, **participan plenamente de la experiencia humana, con toda su intensidad:** sufren, lloran, se alegran, tienen conciencia de sí mismos, expresan sus sentimientos, se comunican, se enojan, sufren decepciones, etcétera. Merecen ser respetados y tenidos en cuenta como el resto de los seres humanos.
- **La verdad, la verdad y siempre la verdad.** No fantasear ni distorsionar la verdad. La veracidad y sinceridad frente al niño generan confianza. Tengamos siempre presente la sentencia de Jesús: *“La verdad os hará libres...”*, Jn 8,32. Ejemplo: *“Abuelito se murió. No va a volver más. No lo esperes...”*. Con un condicionamiento, la verdad “hasta ahí”, hasta donde el niño o niña preguntan; tampoco es necesario abundar en detalles ni explicaciones embarazosas. Y, como corresponde a la lógica evangélica, la verdad subordinada al amor; **la verdad sin caridad no tiene sentido.**
- **La necesidad de información veraz.** En situaciones de enfermedad, sufrimiento, separaciones, muerte u otros temas difíciles el niño necesita saber la verdad sobre lo que está pasando, sin disimulos ni rodeos. Si el niño no recibe información adecuada o acertada, inventará sus propias razones para explicar lo que está ocurriendo y sus conclusiones equivocadas invariablemente le causarán más dolor aun.
- **Crear un clima de acogida y de confianza,** ya que el niño completa con fantasías más terribles que la realidad lo que no entiende ni comprende. Hablar con confianza, ternura, serenidad y apertura con los niños, abiertamente, acerca del sufrimiento, la muerte, las separaciones y otros temas difíciles es una de las actitudes más importantes y beneficiosas para todos; pero especialmente para los niños.
- **Ser honestos.** Tratar de no dar respuestas imposibles de aceptar o creer. Como, por ejemplo: *“El abuelito está en una nube; te está mirando...”*, *“La tía Susana es esa estrellita que te protege en las noches...”*.

- **Saber aceptar cualquier pregunta.** Todo interrogante honestamente planteado merece una respuesta seria. Hay que escuchar muy bien las preguntas que hace el niño y responder a lo que está queriendo saber y no a otra cosa. Un niño va a preguntar y expresarse cuando encuentre adultos dispuestos a hablar de esos temas y escucharlo; no va a soltarse si no encuentra un ambiente propicio para eso.
- **Ser directos.** Tratar de responder del modo más simple y realista posible. Luego detenernos y ver si el niño desea más información; si no la solicita, para él ha sido suficiente, al menos por el momento.
- **Ser breves.** No dar disertaciones engorrosas y extensas, que terminan complicándose cada vez más. Los niños precisan respuestas escuetas y simples.
- **Decir “no lo sabemos”,** cuando sea necesario. Existen muchas realidades para las cuales el ser humano no tiene respuesta. En temas trascendentales como la muerte o el sufrimiento no sabemos necesariamente más de lo que puede saber un niño. No es mostrando un saber –que no tenemos ni podemos tener– desde donde ejercemos nuestro lugar de adultos.
- **No ocultar ni minimizar las problemáticas que los niños nos presentan.** Cuando un niño está angustiado por algo, aunque para nosotros sea una nimiedad, hay que darle la importancia y contención debidas. Para él es un tema importante.
- **No dar a las preguntas de los niños más importancia de la que realmente tienen.** A veces nos preocupamos en exceso, mientras que el niño olvidará la pregunta enseguida. Sobre todo, cuando la pregunta no vuelve a repetirse o escucharse otra vez.
- Conviene **dar respuestas afectivas** (más que efectivas) en las cuales expresemos nuestro testimonio personal; los niños intuyen nuestra postura del corazón, más que la del intelecto.

- **Permitir a los niños expresar sus sentimientos.** La tristeza, el enojo, el desconcierto, la depresión, etc., son sentimientos normales frente a situaciones límite o conflictivas. Permitir que expresen naturalmente sus emociones y ayudarlos a contar serenamente lo que significa para ellos esa pérdida o ese sufrimiento, es una forma de respuesta, que no llegará desde nuestro saber sino desde nuestra compañía y afecto.

- **Enseñar a los niños a manifestar sus sentimientos.** Los niños tienen una gran dificultad en manifestar con claridad sus sentimientos. Por un lado, esto se debe a que el lenguaje y la ampliación del vocabulario están en pleno desarrollo y formación y, muchas veces, no encuentran las palabras justas para expresar lo que están sintiendo. Y, por otro, los mismos adultos tienen una gran dificultad para permitir sus propias emociones y expresarlas de manera adecuada, algo que los niños perciben e imitan. Por ello, tenemos que prestar especial atención en educarlos en un nuevo lenguaje para ellos: **el lenguaje emocional.**

Las personas tenemos muchas formas de manifestar las emociones. Se trata de enseñarles a los niños que no es solo hablando y llorando como expresamos nuestros sentimientos, sino que hay muchas y variadas formas de hacerlo: dibujando, jugando, escribiendo, pintando, dramatizando, danzando, cantando o tocando un instrumento musical, entre muchas otras. Nuestra tarea consistirá en incentivar y educar la expresión de los sentimientos de los niños; de modo que puedan sobrellevar sus conflictos emocionales y comenzar a resolverlos.

- **Compartir nuestros sentimientos con los niños.** No debemos ocultar nuestras emociones ni teatralizar “como si no pasara nada”. Aceptar el dolor y la muerte como realidades humanas forma parte de la vida. Tengamos presente que los niños necesitan comprobar que es posible llorar por el gran dolor emocional que se siente y, todavía, sobrevivir. Sin embargo, no es conveniente que los niños sean testigos de otras emociones más violentas o erráticas como gritos y deseos de lanzar objetos; estas expresiones no harán otra cosa que desconcertar o atemorizar a los niños.

- **Aprender de nuestras experiencias y compartirlas con los demás.** En este proceso, aprender de nuestras experiencias y compartirlas con los demás también nos ayuda a comprender nuestros propios límites frente al tema. Nuestras experiencias sobre el sufrimiento y la muerte pueden ser comparadas con las de otras personas y, así, enriquecer nuestros puntos de vista. Aunque cada experiencia es única, personal e intransferible, participarlas nos ayudará a comprenderlas y a tomar conciencia de que no estamos solos. Habilitar espacios para conversar sobre temas tan importantes con los niños, sin forzarlos ni interrumpirlos con nuestros propios discursos, puede constituirse en un momento propicio para el diálogo sanador, para el relato de experiencias dolorosas compartidas, para iniciar el camino del duelo y reparación por la pérdida sufrida. El dolor se puede soportar mejor cuando el que lo sufre no está solo.
- Hay que **diferenciar muy bien cuáles son los temas que deben ser tratados en forma personal de aquellos que merecen un tratamiento grupal.** El adulto deberá discernir cuáles son los temas que responden a una problemática individual y cuáles al grupo de niños. Hay que dar a cada uno según sus necesidades.
- **Mantener al tanto de la situación a otros adultos involucrados.** Avisar del proceso de enfermedad, hospitalización, separación, nacimiento de un hermano, muerte o duelo u otro tema movilizador para los niños, en la escuela, en el club (social y deportivo) y otros lugares de concurrencia de los niños. Sin caer en murmuraciones o chismes sin sentido, es conveniente informar a los maestros de los niños, al pediatra y a otros adultos responsables acerca de lo que está pasando y están viviendo los niños, sin abundar en detalles morbosos o no edificantes; de manera que esos adultos también puedan estar preparados para comprender cualquier cambio en el comportamiento del niño y contenerlo debidamente.
- **Nuestras heridas sin cicatrizar se van a curar definitivamente, se van a cerrar solo junto a Dios.** El sufrimiento y la muerte de un ser querido constituyen una herida que, al principio, duele mucho

y después deja una cicatriz que, con el tiempo, duele cada vez menos. Hay respuestas que solo Dios tiene y nadie más que Él tiene la explicación; **no pretendamos aclarar cuestiones a los niños que solo tendrán una explicación y solución definitivas cuando estemos junto a él.** Mientras somos caminantes, siempre existirá una parte de misterio inherente a nuestra condición de peregrinos, de seres en tránsito hacia una realidad superior, que desconocemos. Nuestra paz no se encuentra en entender todo lo que pasa, sino en tener la profunda convicción de que en estas cuestiones Dios es soberano. Desde Él, y sólo desde Él, muchas de nuestras preguntas tendrán respuestas.

- Hablar con **naturalidad, sencillez, serenidad y confianza en Dios.** Aceptamos los misterios y los sufrimientos de la vida aunque no tienen explicación, pero sí tenemos la convicción que Dios nos ama y los entiende; basta que nosotros confiemos en Él. Jesús nos prometió la asistencia del Espíritu Santo en los momentos en que no tengamos claro qué decir. Los niños deben interiorizar la idea de que Dios está siempre; no nos abandona nunca, ni siquiera en el sufrimiento y la muerte. Antes de hablar con los niños y niñas, pongamos nuestras preocupaciones en la oración, en las manos del Padre y todo saldrá mejor.

Teniendo presente estos principios, podremos encarar el planteamiento de los temas difíciles que puedan ir surgiendo en nuestra vida y en nuestro diálogo con los niños, variando en función de la personalidad de cada uno, la edad y las circunstancias la profundidad y extensión de nuestras explicaciones.

De esta manera podemos adentrarnos en el desarrollo específico de algunos temas difíciles que se nos pueden presentar y cómo conversarlos y manejarlos adecuadamente con los niños.

A continuación, desarrollaremos algunos de los temas difíciles que más recurrentemente nos presentan los niños o la vida misma y que suelen ofrecer alguna dificultad a la hora de explicarlos. Esta enumeración no pretende ser completa, aunque intentaré centrarme en los temas que, en mi experiencia, suelen ser movilizados para niños y adultos.

Teniendo presente las orientaciones generales antes propuestas, intentaré ahondar en cada tema, dando una breve orientación para el tratamiento de los mismos. El esquema sería el siguiente:

- El sufrimiento y la muerte
- El sentido del bien y del mal
- El cielo y el infierno. Los ángeles y el diablo
- La Navidad: Papá Noel o Santa Claus y los Reyes Magos
- La Semana Santa. La Pascua. El huevo de Pascua
- Conflictos en la familia
 - Ausencias del padre o madre: familias incompletas
 - La separación de los padres
 - Nuevas conformaciones familiares
 - La llegada de un hermanito
- Discapacidades y deficiencias
- Las enfermedades y las hospitalizaciones

1

El sufrimiento y la muerte

«Al mismo tiempo que el niño pequeño comienza a decir “yo” cuando habla de sí mismo, va paulatinamente haciendo experiencias cada vez más claras de *la más importante condición fundamental de la vida humana, la de que nuestro ser es limitado y finito*, ligado a un tiempo determinado y a un espacio concreto.

Por primera vez emergen, en forma infantil, las preguntas y los miedos que mueven a los hombres cuando se ven abocados a la finitud de su vida y a la amenaza que perciben de ella. Y con ellos comienza un debate interno que continuará como tema de fondo a lo largo de la vida del hombre adulto hasta su último suspiro: *el debate de la aceptación de la muerte y de la finitud de nuestra vida*.

También los niños experimentan ese miedo y en sus preguntas y fantasías sobre la vida y la muerte buscan el coraje de una fe que les haga posible afirmar la vida en plenitud.»

Reinmar Tschirch¹

Es muy probable que los niños no perciban la magnitud y profundidad del hecho de la finitud de la vida, pero **sí perciben claramente que la muerte es un hecho serio, real y definitivo**. Aunque muchas veces se evitan los diálogos sobre estos temas, los pequeños captan la atmósfera de desasosiego y de temor, de tristeza y de desesperación que acompaña estos momentos familiares.

Querámoslo o no, el niño paulatinamente acopia experiencias que, de modo cada vez más ineludible, lo enfrentan con el hecho fundamental de nuestra existencia en el mundo: **que la vida del ser humano es una vida finita y limitada**.

¹ Tschirch, Reinmar. *Dios para niños*, p. 78.

El planteamiento de la muerte constituye un estadio del desarrollo anímico de los niños; les preocupa aun cuando aparentemente se los haya mantenido alejados de toda vivencia directa de la muerte. **Por ello, intentar ocultar y minimizar el hecho de la muerte y sus consecuencias es un error.**

Cuanto más se difieran las conversaciones con los niños acerca de las realidades de nuestra vida, aun las más tristes y problemáticas, tanto más difícil será volver a hablar de ellas. Silenciar y evitar son dos actitudes que no le hacen bien al niño. En algún momento se encontrará con esos acontecimientos “desagradables”, con esa “seriedad” de la vida, y lo hará sin la preparación y reflexión necesarias. Resulta obvio que, para que padres y educadores puedan hablar y conversar sinceramente y con utilidad con los niños acerca de la muerte, tienen que haber pensado y reflexionado previamente ellos mismos acerca de esta condición de la vida. Los adultos han de reconocer su propio miedo y tomar posición frente al mismo y, a su vez, han de descubrir y conservar el coraje de vivir a pesar de la transitoriedad de la vida.

El niño intuye y vivencia claramente cuál es la actitud de los padres, de los familiares, de la maestra, de los adultos frente a la muerte. La idea es abordar el diálogo con los niños acerca de la muerte desde lo que implica la vida; que es maravillosa y está llena de oportunidades.

Todo niño, aunque acotado a la etapa de su desarrollo, **participa de la experiencia humana plenamente, con toda su intensidad**; esto es:

- Participa, como ser humano, del **sentido del bien y del mal** en su persona. Los niños no son “angelitos” sino personas plenas.
- Tiene **planteamientos no resueltos** y movilizados frente al dolor, el sufrimiento y la muerte. Los afectos y la cercanía con la muerte de un ser querido convierten a las simples respuestas de la ciencia en absurdas e incomprensibles.
- Ante estas cuestiones, cada hombre, cada niño, debe **buscar y elaborar su propia respuesta.**
- Tiene **miedo y desconocimiento ante el sentido de la muerte.** Necesita trascender, pero conoce el dolor y el sufrimiento.

- Sabe que **la muerte es un hecho serio, real, grave y, desde un punto de vista estrictamente humano, definitivo**. No vemos sino una sola cara de la muerte, la que está vuelta hacia nosotros. Todo lo que hay o existe después de la muerte escapa a nuestra experiencia humana, salvo la aniquilación del cuerpo.

Es bueno que el niño sepa que nosotros también sufrimos, tenemos miedo; pero que sobre el miedo **tenemos esperanza y fe en el triunfo de Jesucristo sobre la muerte**. “...*Si Cristo no resucitó, vana es nuestra fe*”, dice san Pablo en su carta a los Corintios (1 Cor 15,14).

Dijo Jesús: “Yo soy la Resurrección y la Vida. El que crea en mí aunque muera, vivirá y el que vive y cree en mí, no morirá para siempre. ¿Crees esto?...”

Juan 11,25-26

1 ¿CÓMO HABLAR DE LA MUERTE A LOS NIÑOS?

Uno de los temas más difíciles de afrontar a cualquier edad es el de la muerte. Como adultos, ante la muerte no hacemos lo que debemos sino lo que *podemos*. Pero para los niños, el tema de la muerte es algo complicado y angustiante. Ellos, al igual que los grandes, ante la muerte de un ser querido o ante la posibilidad de la propia muerte experimentan la desilusión de los sueños no realizados; se despiertan en ellos profundos sentimientos de culpa, como también la angustia de la soledad y la pérdida.

Muchos niños han vivido la muerte de seres queridos, pero por falta de personas capaces de ayudarlos, no pocas veces esas muertes se han transformado en experiencias traumáticas, por distorsiones en su comprensión de los hechos y por la sensación de soledad frente a su dolor. Algo del trauma se puede aliviar si los acompañamos adecuadamente en medio de su pérdida.

2 LA MUERTE EN EL MUNDO ACTUAL

En nuestra sociedad actual, la televisión, el cine, los diarios, los dibujos animados, los videojuegos, internet, etc., nos presentan a la muerte de una forma tan constante y cotidiana que termina provocándonos indiferencia. La mayoría de las veces, esas muertes que son noticia nos parecen lejanas. Esas muertes impersonales y violentas de la televisión son muy conocidas por los niños.

En cambio, las muertes naturales e individuales de un ser querido pueden ser nuevas y desconocidas para ellos. Esas pérdidas más cercanas llegan excepcionalmente y —recién cuando ocurren—nos enfrentan a la idea de que las personas no somos superpoderosas, sino mortales. En nuestro entorno próximo la muerte sucede excepcionalmente, no es un tema de todos los días y por eso, nos toma por sorpresa.

3 EL NIÑO ANTE LA MUERTE

En algún momento de nuestras vidas, tal vez tras sufrir la muerte de algún ser querido, descubrimos que también nosotros vamos a morir. Todos sabemos que somos mortales pero no todos lo comprendemos de veras. Los niños que antes tenían la sensación de que la muerte solo sucedía en la televisión, reciben un fuerte golpe cuando la muerte de algún ser querido les hace darse cuenta de que ella no es algo que está fuera nuestro mundo. Descubren que la muerte puede sucederle a todos y toman conciencia, a lo largo de los años, de su propia mortalidad.

El niño adquiere su comprensión de la muerte en etapas. **Antes de los cinco años no entienden tres componentes esenciales de la muerte: su condición definitiva, el hecho de que los muertos no tienen funciones vitales y su universalidad.** Por eso, es frecuente que pregunten a cada rato si la persona va a volver, si se la puede ayudar a volver de alguna manera, o si tiene frío o hambre en el lugar donde está o cómo va a respirar o comer en el ataúd.

El niño completa con fantasías más terribles que la realidad lo que no entiende o lo que se le oculta. Es muy común comprobar que los niños inventan fantasías o imaginan cosas que nada tienen que ver con la realidad, mucho más cuando se encuentran frente a situaciones límite,

como el sufrimiento y la muerte. **Lo que podemos transmitir a los niños es el sentimiento de confianza en Dios, nuestro Padre, que nunca nos abandona y está siempre a nuestro lado, aun en la muerte.**

4 EL DIÁLOGO CON LOS NIÑOS SOBRE LA MUERTE

Los padres muchas veces creen que los niños no son capaces de hablar de la muerte y, por ello, evitan esta conversación; como resultado, los niños se sienten aislados en el momento que mayor apoyo requieren. El niño necesita la oportunidad de conversar con personas cercanas a él, que estén involucradas en el dolor que padece toda la familia. En este proceso han de surgir muchas preguntas sobre la muerte, el cielo, la vida eterna y otros temas difíciles de contestar. Los niños merecen el respeto de las personas adultas y un intento honesto por parte de éstos en contestar sus interrogantes, con sinceridad y compasión. El niño que llora su dolor es un niño que puede recibir el consuelo de los otros o de Dios mismo.

En este sentido, la comunicación abierta y la consistencia en el trato con el niño constituyen la clave de la superación; consideremos que muchas veces no podemos animar y brindar el apoyo requerido por nuestros niños, ya que, posiblemente, nosotros mismos nos sintamos agobiados por el dolor que nos embarga. Por ello, el apoyo de amigos y familiares resulta esencial en estos momentos difíciles. Debemos asumir y ser conscientes de que tendremos limitaciones para responderles sobre la muerte y, a pesar de esos límites, los niños deben percibir que siempre estaremos al lado de ellos para ayudarlos. Podemos acompañar a los chicos en esos momentos, con respeto y honestidad, con palabras y también con silencios; pero, decididamente, con mucha contención, ternura y afecto.

Los niños nos van a sorprender con preguntas sobre la muerte. **No hay recetas ni tenemos todas las respuestas.** Solo podemos tener a mano algunos principios para guiarnos y ayudar a los niños a buscar sus propias respuestas. Resaltar el valor del silencio es otra forma de ser conscientes de que nuestro saber sobre la muerte tiene límites. Cuando no tenemos más respuestas, una sabia y adecuada atención será mejor que las palabras.

No hay que esperar que la muerte sorprenda al niño para, justamente, hablarle de ella. Es importante incluir el tema de la muerte en nuestras conversaciones, sin que por ello seamos dramáticos o atemorizamos constantemente a los pequeños. ¿Y si en lugar de evitar hablar de la muerte, tratamos de aprovechar las numerosas oportunidades que se nos presentan todos los días para hablar de ella naturalmente, valorando la vida?

Podremos, entonces, aprovechar algunas experiencias mediadoras para hablar de la muerte. En muchas ocasiones encontramos animales o plantas muertos o asistimos a la muerte de una mascota de un amigo o, simplemente, observamos cómo el ciclo de la vida: nacer, crecer, reproducirse y morir se va cumpliendo a nuestro alrededor. Son oportunidades que se presentan para hablar de que todos los seres vivientes tenemos un ciclo de vida, desde que nacemos hasta que nos morimos. Lo mismo sucede si comentamos y no ocultamos a los niños la muerte de personas o vecinos conocidos; así, vamos introduciendo con naturalidad y respeto el tema de la muerte como algo inherente a la vida humana, resaltando siempre el valor positivo de la vida y de vivir el presente.

Tal vez, la idea sea pensar antes en la muerte, como una forma de saber que llegará, pero sin necesidad de tenerla presente cada día.

Por supuesto, que hablar de la muerte no implica, en ningún momento, una “terapia de shock”. No podemos confrontar a los niños con la muerte dejándolos indefensos. **Ya les resulta suficientemente difícil asumir la realidad de que la muerte les arrebató personas y animales queridos**, como para que los torturemos pretendiendo que acepten la muerte a nuestro modo.

Preguntarnos por el sentido de la muerte es descubrir el sentido de la vida, cambiar nuestras prioridades, relativizar los problemas cotidianos y darles más importancia a las cosas de la vida en las que encontramos satisfacción. Como sabemos que nos vamos a morir, queremos aprovechar bien nuestras vidas, queremos ser felices hoy, en el presente. En definitiva, elegir el sentido que queremos dar a esta vida que tenemos por delante. **Lo importante no es tanto lo que no sucede, si no lo que hacemos con lo que no sucede.**

Desde la fe, creemos en la comunión de los santos, en el encuentro con nuestros seres queridos y todos aquellos que nos precedieron; pero evidentemente, la comunicación con ellos no se realiza a la manera

humana. Por lo menos, a los niños les debe quedar claro que no nos podemos comunicar de la misma manera que lo hacíamos cuando estaban entre nosotros.

Aquel que ha muerto ya no nos habla, ya no le vemos, sufrimos por su ausencia. Lo único que podemos hacer es compartir los sentimientos del niño. Papá ha perdido a su madre, no esconde su pena, llora... Esta pena, así manifestada, tiene para el niño un aspecto tranquilizador. Si papá, que es fuerte y valiente, llora, será porque es normal tener pena.

Lo más importante es ser honestos con ellos: la muerte es universal y no tiene retorno, nosotros no podemos hacer que alguien reviva, pero sí podemos visitarlo, llevarle flores, mirar su foto; y podemos, sobre todo, hacer que exista en nosotros, en nuestro recuerdo. El niño necesita entender que la parte física de la persona que él podía tocar, abrazar y acariciar ha terminado, pero que la parte interior, que siente y piensa, el alma, vive para siempre con Dios.

5 ALGUNAS PREGUNTAS FRECUENTES DE LOS NIÑOS FRENTE AL TEMA DE LA MUERTE

Expongo aquí algunas de las preguntas más frecuentes que realizan los niños frente al tema de la muerte. Las respuestas son solo una orientación, a modo de ejemplo, para que tengamos una idea de por dónde deberá ir la reflexión. Por supuesto, cada uno deberá adaptarlas de acuerdo a la situación en particular que se presente, como decíamos antes: cada caso es distinto a otro.

¿Mamá se murió?

—Sí, tu mamá está muerta. No la esperes más. No va a volver y estamos muy tristes por ello. Si lograste sobrevivir a su muerte, quiere decir que puedes seguir viviendo. No te vas a quedar solo, te vamos a ayudar...

<p><i>¿Por qué se murió Juan?</i></p>	<p>–Juan, tu compañero del colegio, se murió porque el corazón quedó muy lastimado por el golpe, después del accidente y no pudo seguir funcionando. Cuando el corazón deja de funcionar, la sangre no llega a todo el cuerpo y las personas se mueren...</p>
<p><i>¿Dónde está el tío Alberto?</i></p>	<p>–Está muerto. Su cuerpo está enterrado en el cementerio. Pero él es algo más que su cuerpo. Su persona está con Dios. El tío está junto a Dios. Jesús nos prometió que todos resucitaremos algún día...</p>
<p><i>¿Mamá, tú también te vas a morir?</i></p>	<p>–Sí, todos vamos a morir algún día. Pero nosotros vamos a cuidarnos y vamos a tratar de que sea lo más tarde posible. No te preocupes, lo importante es que ahora estamos juntos y estamos bien...</p>
<p><i>¿Dónde van los muertos?</i></p>	<p>–No lo sabemos. El cuerpo de la tía lo ponemos en un ataúd que luego llevamos al cementerio y lo enterramos. Se pone una lápida con el nombre de la tía y así podemos visitar su tumba y llevarle flores. Lo que no sabemos es lo que sucede con la tía que conocíamos y queríamos tanto, con la que jugábamos, hablábamos y salíamos de paseo. Nos hemos separado de ella. Pero Dios no se apartó de ella. Está a su lado... (De acuerdo con la edad se podría explicar, si preguntan, el proceso de descomposición biológica de todo ser vivo cuando muere y la necesidad de enterrarlo).</p>

<p><i>¿Qué le pasa a uno cuando muere?</i></p>	<p>–Eso no lo sabemos. Nosotros confiamos en Dios y Dios le ganó a la muerte para siempre. Jesús nos prometió que un día resucitaremos con él... Ese día, todos nos encontraremos en Dios, con una paz y felicidad eternas...</p>
<p><i>¿Si tú te mueres, quién va a cuidar de mí?</i></p>	<p>–De eso no tienes que preocuparte... Pero si algo llegara a pasarnos a mamá o a papá, hay muchos familiares y amigos nuestros que te quieren mucho y te cuidarían de manera que nada te falte. Incluso, una vez conversamos con los tíos Ana y Alfredo y con mucho gusto se harían cargo de ti...</p>
<p><i>¿Por qué papá no me habla?</i></p>	<p>–Podemos tenerlos muy presentes, recordarlos con cariño, hasta rezarles... Pero no los oímos, porque las personas que murieron no se comunican con nosotros. Sabemos que están con Dios, de otra manera, porque Jesús nos lo reveló; pero no sabemos cómo es eso...</p>

6 EXPRESIONES QUE HAY QUE EVITAR

Hay muchas frases que son equívocas y que por lo general tienden a confundir a los niños, aunque están dichas con buenas intenciones, tales como: *“Él nos ve, podemos hablarle”*; *“Te está mirando”*; *“Nos escucha siempre”*; *“La tía se murió porque Dios se la quería llevar consigo al cielo”*; *“Lo perdimos...”*. Si bien no hay que descartar el valor simbólico de algunas expresiones, tampoco sería adecuado insistir demasiado en ese sentido.

Mucho menos apropiado sería utilizar expresiones como: *“El abuelito se durmió”*, *“Se fue a un viaje muy largo”*, *“Está de vacaciones...”*; *“Es*